

Una vida imaginada

“En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa. A nosotros, los vivos, nos dejan con ese silencio roto por medias sonrisas que vienen y van en esta fugaz y sedosa vida. A.S. Valencia, 2012.”

Aunque me había costado leerlo bastante, debido a lo que parecía un número de teléfono escrito en bolígrafo encima de las letras, aquel texto escrito en un minúsculo trozo de papel de periódico medio arrugado fue lo primero que me llamó la atención al abrir el cajón de la mesita de noche de mi abuelo, que contaba, además, de pequeños calendarios de hacía unos cuantos años, algunos pañuelos usados y estampas de diversos santos.

Hacía unos meses que se había trasladado a una residencia en Valencia. Aprovechando una visita al pueblo, estábamos ordenando un poco el piso de mis abuelos y, de paso, buscábamos alguna foto por la casa para llevársela cuando lo visitáramos. Sin pensármelo mucho me eché aquel recorte al bolsillo y seguí buscando por los cajones.

A pesar de que Rafa había tenido la suerte de ir a la escuela hasta los catorce años, cuando aún las clases comenzaban una vez atardecía, acabada la jornada en el campo, y se solía escribir en el papel que daban con las sardinas en la pescadería, nunca se había interesado mucho en las letras —quizás por el olor que dejaba el papel de sardinas en las manos—. Tampoco en los números, “Las cuentas vitales”—así llamaba mi abuela Rosario a las cuentas de la casa y del campo— siempre habían estado a cargo de esta hacendosa mujer, en las cuáles calculaba el precio de todo fruto o verdura que tocara cosechar y descifraba cuántas pesetas se había ahorrado cada mes.

En cuanto a las letras: Mi abuelo Rafa jamás había leído un libro de cabo a rabo, siempre decía que de ningún modo se atrevería a leer uno. Contrariamente, mi hermana Ana, que por aquel entonces estudiaba secundaria, le regaló *Los girasoles ciegos*, uno de los libros que le habían hecho leer en Lengua Castellana. Ana, que ya era “más de números”, no había prestado mucha atención a la lectura del libro y, pasado el examen correspondiente, había decidido regalárselo a su querido *yayo*, aprovechando su cumpleaños. Este fue el primero. Según nos dijo, no creía que alguien se hubiera atrevido a escribir de manera tan sencilla y extraordinariamente bella sobre la guerra civil, a su parecer, tan injusta como cruel.

Leído y releído tan exquisita obra, cada domingo Rafa le preguntaba a Ana si podía conseguirle otros libros parecidos, y, tras darse cuenta de que Ana no le hacía mucho caso, me preguntó si quería acompañarlo a la biblioteca algún día. Yo, que magnéticamente me había sentido atraído por la lectura hacía unos años, decidí unirme a su búsqueda literaria.

Tras unas cuántas expediciones a la biblioteca municipal, mi abuelo rescindió de su fiel lazarillo diciendo: «Creo que ya me apaño solo para ir a la biblioteca, ahora que tengo el carné, acudiré mejor por las mañanas, después del almuerzo, así, tú te centras en los estudios.»

Sin darle demasiada importancia, yo accedí a su petición, sin antes decirle que si había algún libro que creyese que merecía la pena, que me informara, para yo leerlo después. Extrañamente, ya no me recomendó ningún libro ni me habló de ellos así que supuse que, al cabo de los meses, ya se le habría pasado la afición. Después de muchos años, ya sé lo que andaba buscando en la biblioteca.

Cuando cerré el cajón, noté que algo caía por detrás de él, y hacía que no se cerrara del todo. Metí la mano por debajo y saqué un sobre precintado. Pensé que ahí podría haber alguna foto así que, burlando la intimidad de mi vulnerable abuelo, lo abrí.

Una caja metálica de pastillas y una libreta.

—¡Vamos, Jaime! —Vociferó mi madre desde la salita de estar—. Tenemos que hacer la comida y ya estamos un buen rato aquí.

—Ya voy, aunque no he encontrado ninguna foto.

—Da igual, ya vendremos otro día con más calma. Hija, conduce tú que yo estoy un poco cansada.

—Jaime, por si tenías dudas sobre quién conduce mejor de los dos, prueba número trescientos veinticuatro—fanfarroneó Ana mientras me guiñaba un ojo—.

Al llegar a casa, fui a mi habitación y extraje el sobre que había rescatado del cajón. Dentro de la pequeña cajita había una foto de una mujer de unos veinte años. Estuve mirándola varios minutos. Tenía la mirada afilada, una sonrisa espléndida y el pelo corto, típico de los años 50, pensé. Por otra parte, me llamó la atención un brillante pendiente en la parte superior de la oreja, lo cual ya no era tan típico en aquella época.

Además de la foto de aquella enigmática mujer, quedaba la libreta. Al abrirla, cayó al suelo el carné de la biblioteca del abuelo, caducado hacía ya unos años. Muchas hojas de la libreta habían sido arrancadas y las pocas que quedaban estaban llenas de tachones y frases inacabadas sin sentido aparente. Entre las hojas había una carta escrita a mano:

“Querido Rafael:

La situación en casa cada día se está volviendo más tensa, mi padre está cansado de esperar a que acepte la proposición de bodas del señorito de turno que ha escogido para mí. Sabe perfectamente que jamás voy a tomar esa decisión por mi propia voluntad y ya no acepta más excusas. Sé que también estará siendo muy difícil para ti, amor mío, pero en el fondo, sé que tú sanarás: Tienes un corazón incorruptible, y la libertad de tu trabajo para consolarte. Seguro que conoces a otra mujer que suspirará por ti y tú por ella, y, si bien ahora mismo esa idea me vuelve rabiosa, es lo más probable que ocurra.

En estos frágiles momentos, los versos brotan de mis entrañas, desesperados y sin tregua. Te escribo en esta fugaz carta algunos de ellos. Con amor, tu Avelina.

No será,

la risa sin ti.

No será,

que me susurres al oído.

Solo me quedan las noches

*en las que acaricio tu piel
y despierto, sudada al alba.
No serán,
para mí tus ojos rotos.
Ya no quedan melodías inocentes
para corazones destemplados.
No será,
tu rostro frente al mío.*

En la esquina de la carta, en letras pequeñas y alborotadas había otros versos:

*sana a esta pobre lluvia
tenebroso y frío mar
que ha quedado sin agua
y ya no tiene furia
no se acuerda de mojar*

Con los ojos vidriosos y el corazón agitado, me fijé en el nombre de la escritora de tan desesperada carta. Lo leí unas veces más y caí: Era el mismo nombre que el de una antigua amiga de la universidad de Valencia. Avelina, sin embargo, todo el mundo le llamaba Ave. Me quedé pensando si llamar a su teléfono, habían pasados algunos años y no sabía mucho de ella. Realmente la única conexión que tenían ambas era este peculiar nombre, no obstante, recordé que Ave siempre tenía un libro con ella para leer en cualquier momento.

Estaba un poco nervioso, así que preferí finalmente grabarle una nota de audio:

—Hola Ave, ¿qué tal? Ya sé que este mensaje te va a sonar un poco raro. Quería preguntarte si Avelina Serra es familiar tuyo, he encontrado una carta y un recorte de periódico firmado por ella en casa de mi abuelo y... he pensado que a lo mejor... como te llamas igual... Bueno, —continué aturrullado— si no sabes de quien te estoy hablando, perdón por la intromisión, espero que todo vaya genial.

Ella me contestó entrada la tarde:

—Hola Jaime, ¡Cuánto tiempo! Sí, Avelina es mi abuela, por eso yo me llamo así. Ella escribe, bueno, escribía a todas horas. Lo que no entiendo es que hace una carta suya en casa de tu abuelo. Si te puedo servir de ayuda, podemos quedar mañana a desayunar y me cuentas todo al detalle. Ya me dices.

IV

Eran las diez de la mañana, la cafetería, situada en el barrio de Ruzafa, desprendía el típico aroma que tienen todos los cafetines donde se sirve buen café. Ave me había citado allí el día anterior y estaba esperando a que viniera. Me fijé en las estanterías, llenas de libros que podías escoger para leer. Pensé que Ave debería pasar horas en este tranquilo café.

Cuando entró, me fijé en cómo había cambiado antes de que llegara a la mesa donde estaba sentado: antes tenía una gran melena y ahora llevaba el pelo corto. Vestía un suéter beige y vaqueros anchos. Lo que no había cambiado era su bonita sonrisa y su peculiar forma de gesticular — intercambiaba ahora unas palabras con el camarero—: Realmente se parecía a la versión joven de su abuela que aparecía en la foto de carné.

—Con lo poco que te gusta madrugar y aquí estás, ¡esperándome y todo! — dijo Ave mientras se acercaba a la mesa—.

—Hay cosas que nunca cambian, sobre todo lo de esperar tu aparición— afirmé con una de mis mejores sonrisas—.

Tras una charla distendida en la que nos pusimos al día de nuestra vida después de la universidad, cambió al tema por el cual nos habíamos reunido:

—Bueno, ¿qué te parece si nos pasamos a nuestra nueva faceta de investigadores, y averiguamos que se traían entre manos tu abuelo y mi abuela?

—Fenomenal. —asentí, dándole paso para que comenzara ella—.

—La verdad es que la vida de mi abuela no debió ser fácil: Aunque inicialmente era por derecho una joven e inspirada escritora multifacética, las condiciones familiares y del entorno la relegaron a las tareas del hogar. Ella, según me contaba, siempre encontraba sus momentos para escribir cuando se quedaba sola en casa por las mañanas. Lo que le impidió publicar sus novelas y diferentes poemarios fueron las propias editoriales, que ponían mil excusas para no publicar algo que hubiese sido escrito por una mujer. Avelina no valoró buscar ayuda en su marido, que, a pesar de que tenía buen corazón y la trataba bien, nunca se interesó en lo que mi abuela andaba escribiendo. Tampoco quiso publicar con un nombre falso de hombre porque afirmaba que eso hubiera denigrado su voz como escritora y siempre que publicara algo, lo haría bajo el suyo. No fue hasta entrados los años ochenta, siendo mi madre y mis tíos ya adultos, cuando decidió publicar todo lo que había escrito durante su juventud. También comenzó a participar en diversos periódicos, escribiendo columnas y artículos sobre todo tipo de asuntos. Siempre destacaban aquellos en los que se divulgaba sobre la guerra civil, o como a ella le gustaba llamar, la guerra incivil.

—Así la designó Unamuno, en su famoso discurso en la Universidad de Salamanca —añadí satisfecho—. Por lo tanto —sacando el trozo de periódico que había encontrado—, este texto supongo que fue escrito por ella, A.S, son sus iniciales, ¿no?

—Así es, Avelina Serra.

—Y... ¿el número de teléfono que está escrito encima?

—Pues...—murmurando mientras ojeaba su móvil—. Sí, era el teléfono de mi abuela ¿Crees que tu abuelo llegó a llamar a Avelina?

—Difícil respuesta, desde luego, si lo hizo, nadie de la familia se enteró. Rafa era muy alegre y simpático, sin embargo, se mostraba muy hermético y serio cuando le preguntábamos por su juventud, nos decía que había vivido montañas de emociones que no hacía falta recordar en voz alta. Supongo que en su soledad, disfrutaría y padecería por partes iguales al recordar sus buenos y malos momentos. Desafortunadamente, ahora ya no recuerda nada. Tiene alzhéimer, apenas reconoce a la familia.

—Jope, lo siento de veras —contestó Ave, mostrando una empática sonrisa—. Lo que comienzo a tener claro es que, antes de que se casaran, nuestros abuelos tuvieron una relación bastante especial... ¿Me dejas leer la carta que encontraste?

—Por supuesto, inspectora —apunté mientras le rozaba las yemas de sus dedos al darle la afligida carta—.

Cada línea que leía, su expresión cambiaba. Los ojos se le humedecieron. Pensé entonces que aquella carta estaba escrita desde el corazón y que éste bombeaba heridas y sanaciones a todos los que la leyéramos.

Al acabar la lectura se quedó callada, pensativa. Después de unos minutos dijo:

—Me gustaría conocer a tu abuelo. Mi abuela quería a mi abuelo César, pero creo que en la vida le dedicó una carta tan romántica. Intuyo que Rafa fue el primer gran amor de Avelina. Quizás de ella sí se acuerde...

—Podemos intentar preguntárselo...Él ahora vive en una residencia de Valencia, si quieres, podemos ir a visitarlo un día.

Ave se quedó pensativa.

—Espera, ¿en qué residencia está?

—Está cerca de mi casa, se llama Residencia de ancianos Fuensanta.

—¿En serio? —exclamó nerviosa Ave— ¡Avelina también vive ahora allí!

—Pero... sinceramente, creía que tu abuela había fallecido...—respondí contrariado a la vez que emocionado—.

—No. Lo que pasa es que tiene demencia, ya no escribe ni una frase entera y es totalmente dependiente... Reside allí ya cuatro años.

Le miré a los ojos, sabiendo que ambos estábamos pensando lo mismo.

—¿Quieres ir a verlos e intentamos que se reencuentren?

—¿Qué haces ahora? —pregunté entusiasmado—.

—¿Tú que crees? —contestó con una mirada cómplice—.

El ambiente sosegado imperaba dentro del edificio. Era la hora de la —no tan conocida— siesta del borrego, que se celebra antes de la comida. Una mujer que rondaría los años en los que a una ya le apetece jubilarse, aguardaba en la recepción.

—Buenos días, soy Jaime Iglesias. Venimos a visitar a Rafael Iglesias, mi abuelo, y a Avelina Serra, la abuela de mi acompañante. ¿Sabe dónde se encuentran?

Después de mirar por debajo de sus gafas, a uno y a otro, contestó:

—Pues justo vengo de verlos sentados en un banco del jardín: Andan muy *enjugados* últimamente.

—¿Qué quiere decir, que están juntos en este momento? —preguntó Ave—.

—¡Y tan juntos! Al poco de que tu abuelo Rafa ingresara en la residencia, se han hecho inseparables. Avelina dice que él sí que es su verdadero novio —contestó afablemente—. Podéis pasar a visitarlos antes de que se haga la hora de comer.

—Bueno, pues vamos a verlos —contestó Ave un tanto anonadada—.

—Gracias, y feliz día. —añadió—.

—Que jardín tan bonito, hacía tiempo que no paseaba por aquí—susurró Ave mientras buscábamos entre los distintos bancos del parque—.

Hacia una cándida mañana para tomar el sol o dar una vuelta por el recinto.

—¡Mira, allí están! —exclamó Ave—.

Estaban cogidos de la mano sin hablar, con la mirada pérdida, pensando quizás en toda una vida que no habían podido disfrutar juntos o quizás, en como apreciaban al compañero que tenían al lado.

—¡Hola *yaya*! ¿Cómo estás? —preguntó vivamente Ave—.

—Oh, estimada Avelina, que suerte que estés ahora mismo aquí. Estoy en la flor de la vida, puesto que, aunque esté algo marchita, sigue siendo igualmente flor.

Rafa, que estaba sentado al lado de ella, no parecía haberse percatado de nuestra llegada.

—Así me gusta, ¡Tan metafórica y positiva como siempre! Te voy a presentar a mi amigo Jaime, es el nieto del señor que está a tu lado, y creo que debéis saber algo sobre vosotros dos...

—Lo sé todo, bonita mía —interrumpiéndola—. Lo sé desde el momento que lo volví a ver... reconocí su mirada, pero me costó más trabajo acordarme de cómo era él... He intentado contarle nuestro corto pasado y le he narrado historias que nunca sucedieron entre nosotros. Toda una vida imaginada. Él no se acuerda de mí, pero aun así, sonrío cuando me mira. Para mí, eso ya es bastante. A que sí, Rafael. —dijo dirigiéndose a él—.

A Ave se le veía profundamente emocionada. Su abuela estaba esa mañana especialmente lúcida.

Mi abuelo Rafael giró lentamente la cabeza hacia nosotros. Intervine para llamar su atención:

—¡Hola abuelo! Soy Jaime, tu nieto, ¿no me vas a presentar a tu acompañante?

—Ah, sí, Jaime...—afirmó dudoso— Ella es..., es...muy guapa; ¿Has visto el pendiente que tiene en la oreja? Es muy bonito. —dijo inocentemente mientras acercaba la mano a la oreja de Avelina—.

En ese momento llegó la mujer que nos había atendido en la recepción alzando la voz:

—Hora de la comida, parejita. Y para la otra parejita, a la próxima, venid con más tiempo a visitarlos—dijo con una media sonrisa—.

Nos despedimos de ellos dándoles un beso a cada uno y les confirmamos que pronto les volveríamos a visitar. Siguiendo su serena pero escrupulosa rutina, se marcharon poco a poco hacia el interior del edificio.

Al salir de la residencia, le propuse a Ave de ir a comer a algún sitio y aceptó. Instintivamente, le pasé mi mano por la suya y le sonreí. Su mirada bastó para sentirme feliz el resto de semana. En ese mismo momento, pensé si sería posible vivir con ella todas esas historias que Avelina había contado a Rafael.